

## EL PROGRESO COMO POSIBILIDAD DE REGRESION E IRRACIONALISMO

Por H. C. F. MANSILLA

Dentro del ámbito de la civilización occidental, el siglo XIX se ha caracterizado por haber hecho del progreso científico-tecnológico y del desarrollo económico una religión secular y el fundamento mismo de la legitimidad social y política. Paradójicamente, es en pleno siglo XX, en medio de la difusión más espectacular de innovaciones tecnológicas y de un aumento sin precedentes de conocimientos científicos, cuando surge una corriente crítica que impugna la fe generalizada en el progreso y pone en duda la supuesta positividad de sus logros principales. La creencia en el progreso, en cuanto objetivo supremo del esfuerzo humano y finalidad expresa de casi todos los programas políticos, continúa siendo, sin embargo, la pauta orientadora de la actividad colectiva y del pensamiento político contemporáneo, pero debe justificar continuamente sus posiciones ante una conciencia crítica que comienza a exponer los aspectos regresivos e irracionales del progreso.

Las dificultades con que tropieza esta conciencia crítica y la autoridad casi indiscutible de que goza la ideología del progreso están ligadas estrechamente a las dos grandes corrientes de pensamiento que, directa o indirectamente, ejercen hoy en día una influencia decisiva a nivel mundial: el marxismo y el utilitarismo de corte positivista. Nacidas en pleno siglo XIX, ambas tendencias han resultado ser auténticos productos de su época, dominada por un optimismo ilimitado con respecto a la capacidad inventiva del hombre y fascinada por los efectos de la Revolución industrial en Europa occidental. Actualmente, se puede constatar que las corrientes influenciadas por las diversas formas de utilitarismo y positivismo no han sido proclives a un enfoque crítico de sus propios principios, los cuales están dirigidos a fundamentar la eficiencia de instrumentos, medios y procedimientos.

tos, presuponiendo que la suma de los medios generaría por sí sola la sociedad ideal. Augusto Comte, el fundador del positivismo, postuló una *Religión del Progreso*, como el credo adecuado a la época moderna, el que incluía la concepción sobre el carácter totalmente benévolo del progreso científico y tecnológico. Esta teoría concentra sus esfuerzos en la elucidación de relaciones, normas y métodos, quedando la esencia de los fenómenos y los fines de la evolución histórica fuera de su análisis racional.

En el polo opuesto del positivismo, Karl Marx instituyó la teoría del socialismo científico, cuyo fundamento mismo es la creencia en un progreso constante de la historia que conduce necesariamente a la sociedad perfecta y sin clases del futuro. El núcleo de este fundamento está formado, según Marx, por la dialéctica de fuerzas productivas y relaciones de producción, en la cual las fuerzas productivas, es decir, el adelantamiento tecnológico-económico, terminaría siempre por imponer sus derechos a las relaciones de producción, materializadas por el régimen de propiedad y por el complejo socio-político. La premisa tácita de toda la concepción marxista reside en atribuir un carácter esencialmente progresista y permanentemente beneficioso a las fuerzas productivas, las que, por otra parte, son consideradas como el motor de la historia; la necesidad misma de revoluciones se deriva del hecho de que en ciertas constelaciones históricas las relaciones de producción se convierten en una traba para el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. De un modo similar a Comte, Marx construye su edificio teórico sobre la suposición de la omnipotencia de ciencia y tecnología y sobre la hipótesis de su aplicación siempre positiva y provechosa.

La evolución histórica en el siglo xx permite el mantenimiento de esta posición únicamente con una buena dosis de ingenuidad y dogmatismo. Nuestra época está siendo testigo de cómo justamente el progreso científico-tecnológico puede poner en peligro la existencia misma del planeta, cómo el desarrollo económico puede lesionar el precario equilibrio ecológico y cómo la labor de científicos y técnicos puede ser usada en forma masiva para oprimir al género humano. En los tres casos, el desarrollo de las fuerzas productivas no ha significado una incongruencia liminar con las relaciones de producción: precisamente el enorme incremento de conocimientos científicos y los logros aún más extraordinarios de la tecnología en todos los campos del quehacer humano se han llevado a cabo dentro del marco socio-político preestablecido, sin haber inducido la esperada revolución y sin haber hallado serias trabas en las relaciones de producción. Esta constelación hace, pues, probable la tesis de que el adelantamiento científico-tecnológico y sus resultados prácticos desempeñan un rol básicamente instrumental, congruente con diferentes sistemas sociales y tendente a consolidar y vigorizar las so-

ciedades respectivas. Por otra parte, la preminencia del carácter fundamentalmente instrumental del desarrollo científico-tecnológico y la conciencia de su posible utilización en forma destructiva, represiva e inhumana contribuyen a hacer perder la fe en su naturaleza presuntamente positiva, benévola e invariablemente favorable a designios humanistas, fe que fundamenta la actual filosofía de la historia de tendencia optimista. No se debe, evidentemente, caer en la posición simplista de algunas sectas naturalistas y de grupos nihilistas, que condenan el adelantamiento científico-tecnológico como si éste *per se* —y no su utilización por grupos sociales e intereses políticos— fuera el causante de todos los males de este mundo. El marxismo y el positivismo reproducen, bajo signos filosóficos diferentes, una posición similar parcializante e ingenua al suponer que el progreso de la ciencia y la técnica induciría, imprescindiblemente, una evolución social acorde con principios humanistas y que motivaría, precisamente, una utilización racional por parte de grupos políticos esclarecidos y filantrópicos.

El progreso científico-tecnológico y su utilización en el desenvolvimiento económico en el siglo xx han posibilitado la aparición de nuevos fenómenos en la historia de la humanidad, sin que la reflexión crítica por parte de los responsables de tales fenómenos haya alcanzado un nivel adecuado a sus graves implicaciones. Por primera vez, el hombre está en condiciones efectivas de destruir toda la vida sobre el planeta y de aniquilar todas las naciones. El progreso, como máxima creación del hombre, ha producido paradójicamente los medios para su propio exterminio. El aspecto más evidente de este proceso está localizado en el aporte que la ciencia y la técnica han hecho en favor de la carrera armamentista; si bien el mejoramiento de la tecnología bélica y la invención de nuevas armas han sido siempre poderosos estímulos para el adelanto científico, hoy en día la dirección y la magnitud mismas de este proceso están influenciadas considerablemente por las necesidades de la carrera armamentista. Los resultados no pueden ser más irracionales: proliferación de armas nucleares en una cantidad tal que es literalmente posible destruir varias veces todo raso de civilización sobre el planeta; canalización de una parte considerable de todos los recursos financieros mundiales para gastos militares; utilización de innumerables científicos y técnicos del más alto nivel y de los recursos materiales correspondientes para diseñar métodos para matar más gente con menos gastos y del modo más cruel; creación de nuevas armas convencionales, químicas y biológicas, cuyo mortífero refinamiento y crueldad intrínseca dejan atrás las páginas más osadas de la literatura fantástica y de la imaginación sádica.

Las condiciones para un pavoroso retorno a la Edad de Piedra están ya dadas, suministradas por el adelanto científico-tecnológico y creadas en una

época, que es considerada como el pináculo de la historia universal. Hace pocos decenios, esta posibilidad de regresión fue anticipada mediante el surgimiento de regímenes fascistas en el Viejo Mundo, los cuales utilizaron todos los adelantos técnicos de su época para instaurar un orden social eminentemente regresivo, inhumano e irracional hasta el exceso; el aniquilamiento de un pueblo entero en los ignominiosos campos de concentración, posibilitado únicamente por el concurso de una tecnología avanzada y de una población obsecuente, representa solamente el rasgo más manifiesto de aquella barbarie moderna.

Hoy en día, el notable incremento del desarrollo económico a todo nivel, sustentado mediante la aplicación masiva de los adelantos tecnológicos, tiende a poner en peligro el equilibrio ecológico de nuestra biosfera. La tierra, el agua y el aire, base de toda la vida planetaria, forman un sistema global interdependiente que, a pesar de su enorme capacidad de supervivencia y regeneración autónoma, está constituido por mecanismos delicados y vulnerables. Este equilibrio está siendo afectado de manera sensible debido al extraordinario aumento en el consumo de energía, al incremento desmedido de la producción industrial con su secuela de degradación ambiental, al agotamiento de recursos naturales y al crecimiento súbito e incontenible de la población. La posibilidad técnica de causar daños permanentes a la naturaleza, generando procesos irreversibles, está ya dada. El recalentamiento progresivo de la atmósfera, posibles —y nada benévolos— cambios climáticos, la continua acumulación de productos tóxicos derivados de plaguicidas, detergentes, residuos químicos y petrolíferos, la dilapidación de los recursos no-renovables, el malgasto de aquéllos que se pueden renovar, la tala indiscriminada de árboles, la hiperurbanización a escala mundial y un crecimiento demográfico de orden exponencial representan factores concaudados en gran medida al adelanto científico-tecnológico, los que en estado de permanente interacción pueden, en un futuro ya nada lejano, causar un deterioro irremediable al medio humano.

Ante las amenazas que se ciernen sobre las sociedades modernas, se hace imprescindible abandonar toda posición ingenuamente admirativa hacia el progreso científico y toda apología incondicional del desarrollo económico. Los peligros inherentes a un progreso material descontrolado e incesante surgen tanto de las actitudes predominantes con respecto a la ciencia y a la tecnología como de los efectos de demostración causados por la cultura de los centros metropolitanos sobre el resto del mundo, efectos que actúan en conjunción con una verdadera explosión demográfica en las sociedades periféricas. Acerca de las actitudes más generalizadas frente al complejo científico-tecnológico, se puede constatar el triunfo casi total del pensamien-

to utilitarista y pragmatizado, inclinado a considerar la ciencia exclusivamente como la productora de instrumentos, medios y procedimientos cada vez más eficaces, precisos y rentables para alcanzar fines dados, los que a su vez quedan marginados del análisis científico crítico. El quehacer científico adopta entonces la tendencia a ser reducido a un instrumentalismo en sí mismo perfecto, fidedigno, poderoso y universal, pero desprovisto de la dimensión crítica, especulativa y trascendente, es decir, privado de todo momento no-utilitario y no-lucrativo. Sin temor a equivocación, se puede sostener que la mayoría de los científicos, técnicos y políticos y en general los responsables del desarrollo socio-económico de las naciones tienden a plegarse a esta clase de instrumentalismo, quedando en segundo plano la cuestión de la orientación política propiamente dicha: son ellos los que conciben los últimos «logros» del refinamiento bélico, crean nuevas industrias, generan nuevas necesidades de consumo y proyectan nuevas metas para el desarrollo económico, sin preocuparse particularmente por los resultados a largo plazo de su actividad, sin preguntarse por el sentido mismo de sus creaciones y sin inquietarse por la responsabilidad ética que puedan conllevar sus acciones. Las posibles víctimas de la carrera armamentista, los daños colaterales producidos por la tecnología aplicada y los desequilibrios causados por el desarrollo forzado quedan totalmente al margen del aparato conceptual de estas tendencias, por ser aspectos no-cuantificables y, por tanto, meramente especulativos. Debido a ello la conciencia de los responsables puede permanecer en perfecta tranquilidad.

Esta actitud de las élites denota una correlación significativa con la orientación general de las masas: también éstas han sido condicionadas para desdeñar lo trascendente, para desechar lo especulativo, para desatender la problemática a largo plazo y para hacer la vista gorda frente a las consecuencias éticas de toda actividad. La ideología popular es también la del éxito a corto plazo, la del consumismo y la de los problemas momentáneos; en las sociedades modernas las masas han sido igualmente educadas para idolatrar el progreso material, el principio de rendimiento y eficiencia y la categoría del éxito. En su marco de referencia los valores positivos están representados por el progreso material, el acceso a los bienes de consumo y el aumento del poderío del propio Estado; el sentido mismo de la evolución histórica, las consecuencias de la carrera armamentista, los desequilibrios ecológicos y la pérdida de libertad individual y política les es igualmente indiferente.

Esta tendencia generalizada en el mundo industrializado ha sido llamada por Herbert Marcuse la *sociedad unidimensional*, cuyas características centrales son la pérdida de una conciencia colectiva crítica, la uniformidad ge-

neralizada cultural y políticamente, el triunfo del consumismo de masas y la impregnación de todas las instancias sociales por la misma racionalidad utilitarista e instrumental. El progreso técnico ya no es más el vehículo del progreso social ni un potencial de posible liberación, sino más bien el instrumental para controlar más eficazmente la vida humana por medio del dominio sobre la naturaleza, consolidando y legitimizando las relaciones de producción imperantes. Esta sociedad unidimensional, sin alternativas sustanciales, sin espíritu crítico, dominada por el consumismo y el principio de rendimiento y privada de un sentido trascendente, está siendo agravada por la crisis ecológica y por la posibilidad de su autodestrucción. Este peligro es tanto más agudo cuanto la dimensión de la crisis puede ser comprendida recién desde un punto de vista crítico que trascienda la facticidad de la sociedad contemporánea, que es precisamente lo que le falta a su conciencia colectiva.

Los valores fundamentales que determinan hoy en día tanto el pensamiento intelectual como las concepciones políticas y las actitudes cotidianas son el éxito material, el espíritu gregario amorfo y la obsesión por el crecimiento económico incesante, valores que sobrepasan ideologías y bloques políticos y que han llegado igualmente a dominar la conciencia colectiva en las sociedades del Tercer Mundo. El actual pensamiento colectivo es el heredero de los principios burgueses que crearon la civilización industrial, pero desprovisto de todos sus momentos críticos y reducido a un esquema superficial, grosero y de poco aliento, que juzga los procesos de desarrollo social primordialmente por el grado de poderío estatal, por el nivel del consumo masivo y por la medida en que aquellos procesos logran acercarse al nivel de las grandes potencias. Este pensamiento colectivo se encuentra fascinado por el éxito material, no importándole cuán débiles puedan ser las bases de este éxito, ni el precio que se ha pagado por él, ni cuán transitoria llegue a ser esta etapa. El éxito es en este sentido lo más exitoso que hay: hace olvidar todas sus consecuencias negativas, perdonar todos los dolores que ha costado y desdeñar toda reflexión sobre sus consecuencias a largo plazo.

A este respecto resulta sintomática la evaluación elaborada por la conciencia colectiva intelectual sobre los logros del estalinismo: la mayoría de los partidarios del sistema socialista como muchos de sus adversarios se sienten deslumbrados por los triunfos de Stalin, especialmente por la industrialización forzada y por el rango de potencia mundial conseguido para la Unión Soviética. Ante estas conquistas, tanto partidarios como adversarios están dispuestos a pasar por alto los inmensos costos sociales y humanos causados por la acumulación socialista de capital y por las múltiples arbi-

triedades ordenadas por el célebre dictador, y a concentrar su admiración en los resultados materiales, justificando tal actitud mediante el argumento tan cínico como efectivo de que los sufrimientos humanos son pronto olvidados por la historia, contando para ésta únicamente los éxitos materiales.

Dejando a un lado los aspectos éticos y humanitarios de la problemática, es conveniente, empero, insistir en el hecho de que el pensamiento orientado hacia la consecución exclusiva de éxitos materiales se torna incapaz de comprender aspectos complejos y consecuencias a largo plazo del propio desarrollo mientras éstas no sean meras extrapolaciones del presente. En lo concerniente a la complejidad alcanzada por la actual etapa civilizatoria, se puede afirmar que la conciencia colectiva utilitarista no dispone del suficiente espíritu crítico para captar complicadas relaciones interdependientes, en las cuales diversas funciones se conjugan intrincadamente para causar efectos que individual y separadamente no podrían originar. Esto es singularmente grave en el caso de los diferentes ecosistemas de nuestra biosfera, cuyo equilibrio puede ser irreparablemente dañado por una conjunción y acumulación de diferentes funciones (incremento poblacional, aumento de la contaminación inducida industrialmente, reducción de los márgenes tolerables para la regeneración de los biosistemas) que, individualmente, no representan un peligro inminente. Igualmente, la conciencia colectiva muestra poca comprensión hacia las consecuencias derivadas del carácter frágil y precario tanto de los diferentes ecosistemas como de las normas político-sociales de nuestras comunidades —todos ellos pueden entrar en situaciones de colapso por sobrecargas continuas, consideradas ahora como convencionales.

La conciencia colectiva hoy vigente exhibe una comprensión aún menor para captar relaciones, cuyas consecuencias futuras no serán meras repeticiones de la facticidad cotidiana. Hasta la regla dialéctica de que lo cuantitativo puede devenir en cualitativo, es decir, que la repetición acumulativa de lo mismo puede motivar, pasando cierto límite, la aparición de algo diferente, ha sido olvidada por los representantes socialistas del pensamiento pragmatizado. La conciencia colectiva utilitarista se inclina, pues, a prestar poca atención a fenómenos tales como la existencia de procesos irreversibles, de límites inmanentes a los procesos de crecimiento y de magnitudes óptimas para una buena parte de todos los organismos. La dificultad para la comprensión de estos fenómenos reside parcialmente en las limitaciones de la conciencia colectiva para poder imaginarse procesos futuros que no sean meras analogías de los hechos del presente; todo aquello que trasciende la calidad de extrapolaciones es menospreciado como asunto ininteligible y difícil de comprobar. Estas dificultades conceptuales aumentan considerable-

mente si al mismo tiempo están en juego los anhelos más fuertes y las convicciones más profundas del pensamiento colectivo acerca de las metas mismas del desarrollo; es decir, si la industrialización acelerada y el crecimiento económico conforman el fin mismo de las aspiraciones colectivas, será entonces muy improbable que la conciencia intelectual predominante examine críticamente posibles efectos negativos inherentes al adelanto económico y postule la aparición de daños irreparables y de procesos irreversibles.

Hoy en día ya contamos con claros ejemplos sobre las consecuencias que se producen cuando sistemas sociales traspasan su propia magnitud óptima y devienen en procesos no-explicables según las categorías de la analogía y la extrapolación. En zonas semiáridas el equilibrio ecológico tiende a ser particularmente vulnerable y delicado, y está en estrecha relación con la magnitud de las labores agropecuarias y el tamaño de la población. Modestos avances de medicina e higiene, el ansia de expandir marcadamente la producción y el incremento concomitante de la contaminación ambiental llegan a causar simultáneamente un rápido aumento de la población, un acrecentamiento de las presiones de todo orden sobre la frágil estructura del ecosistema y una pérdida sensible en la capacidad de regeneración del mismo. Los resultados nos son conocidos por los recientes desastres en el *Sahel* africano: cambios climáticos, pavoroso aumento de la erosión del suelo, disminución repentina de la producción agrícola y hambre para la población. En las grandes ciudades de nuestra civilización urbana se puede presenciar otra ilustración de lo que significa superar la magnitud óptima: la administración municipal se vuelve en extremo complicada, lenta y cercana al colapso; los servicios públicos y educacionales no pueden mantener el ritmo del crecimiento poblacional y muestran signos de progresivo deterioro; la tranquilidad, el aire puro y el contacto con la Naturaleza se convierten en lujos difícilmente asequibles; las congestiones de tráfico, las mareas de masas humanas y la contaminación del medio ambiente llegan a ser los aspectos cotidianos, característicos e irreductibles de las grandes urbes; y, finalmente, sus habitantes se convierten en ciudadanos de segunda clase, sometidos a innumerables presiones ambientales y psíquicas, prisioneros de un ritmo existencial insensato e inhumano, pleno de frustraciones y fatigas inútiles (como perder una buena parte del tiempo disponible en desplazarse de un lugar a otro), frustraciones que son la base de la criminalidad, la deshumanización y otros desarreglos sociopsicológicos.

Para la mentalidad colectiva predominante las grandes urbes encarnan, sin embargo, el núcleo mismo de sus aspiraciones y metas de desarrollo: las grandes metrópolis simbolizan el adelantamiento económico, el incre-

mento poblacional, la instauración de complejos industriales; son además las exteriorizaciones tangibles de las fantasías no-conscientes de grandeza y poderío. Por ello las críticas concernientes a los aspectos negativos y regresivos de la hiperurbanización no hacen mella en la mentalidad colectiva ni en el pensamiento utilitarista, pues ellas se concentran en niveles —racionalidad trascendente, valores humanistas no-cuantificables— a los cuales el pragmatismo positivista no es accesible.

La obsesión por el desarrollo y crecimiento como valores rectores de la vida social está enraizada en las concepciones más antiguas y profundas de la cultura occidental y se manifiesta, bajo envolturas ideológicas diferentes, en los más diversos programas políticos, doctrinas filosóficas y creencias populares. El origen de esta convicción se remonta a la fe judeo-cristiana de perpetuo progreso y a su concepción lineal de la historia, contrapuesta a las teorías circulares del eterno retorno tan difundidas en la antigüedad clásica y en el mundo oriental. (Las sociedades no-occidentales adoptaron el culto del progreso después de haber establecido un contacto permanente con la civilización europea.) En contraste con los credos paganos, la corriente judeo-cristiana estableció un dualismo marcado entre hombre y naturaleza completándolo con la idea central de que la voluntad de Dios exige que el hombre explote la naturaleza para sus propios fines. Se llegó así a una fundamentación teológica del valor eminentemente subordinado y secundario de la naturaleza con respecto al hombre, que fue luego secularizada y convertida en la teoría de que el hombre no solamente puede comprender todas las leyes naturales, sino que debe usar tal comprensión para controlar y explotar exhaustivamente la naturaleza para alcanzar los fines que se proponga. Esta concepción está tan generalizada en Occidente que ha llegado a conformar la base prelógica de muy diferentes doctrinas, desde el marxismo hasta el positivismo, contribuyendo además a hacer plausible el menosprecio por la problemática ecológica y a exaltar el valor de los éxitos materiales.

Ciertamente que el marxismo primigenio no consideraba el desarrollo material como el objetivo de la lucha revolucionaria, sino como un medio para llegar a una sociedad liberada, pero su estructura teórica abrió la puerta a interpretaciones menos humanistas y más centradas en torno a los criterios de desarrollo y crecimiento al postular un antropocentrismo riguroso y al considerar la evolución de las fuerzas productivas como principal motor de la historia y en sentido predominantemente positivo. Los parámetros determinantes del análisis socioeconómico marxista son el capital y el trabajo, quedando a los recursos naturales la categoría de lo obvio y sobrentendido. La dominación de la naturaleza por cualesquiera medios para posibilitar el

progreso humano conforma, por tanto, una premisa implícita del pensamiento marxista, lo que simultáneamente conduce a ver en la naturaleza una instancia sin derecho propio y destinada únicamente a servir de materia prima a los designios humanos. Por otra parte, al concebir el adelanto científico-tecnológico como un proceso exclusivamente positivo y, al mismo tiempo, al postular que la evolución de Europa occidental sería el paradigma de evolución histórica para el resto del mundo (en un pasaje famoso del prólogo a *El Capital*), Marx cerró a su teoría la posibilidad de analizar críticamente aspectos regresivos del progreso científico-tecnológico y de la violación continua de la naturaleza. Correspondió a los constructores del socialismo en la praxis el haber llevado esta tendencia hasta su última consecuencia, limitándose a la promoción del desarrollo económico-tecnológico y relegando indefinidamente la edificación del «Reino de la Libertad» y la supresión de toda alienación humana. Hasta uno de los marxistas más lúcidos, L. D. Trockij, en su severa crítica al estalinismo, *La revolución traicionada*, fundamentó la superioridad del socialismo en sus éxitos materiales: «... el socialismo ha demostrado su derecho a la victoria no en las páginas de *El Capital*, sino en una arena económica que constituye la sexta parte de la superficie del globo; no en el lenguaje de la dialéctica, sino en el del hierro, del cemento y de la electricidad».

La fascinación que ejercen los regímenes socialistas sobre la conciencia intelectual del Tercer Mundo no se debe tanto a una mejor oportunidad de alcanzar libertad política y justicia social, sino al hecho de que estos regímenes parecen garantizar mayor eficacia y rapidez en el proceso de modernización e industrialización en sociedades periféricas. Los sistemas socialistas, cuyo modo de producción y distribución representa en realidad un capitalismo de Estado (según la terminología marxista), se han caracterizado principalmente por la creación de un modelo de modernización acelerada, que bajo un centralismo estricto y severas restricciones al consumo de la población fomenta una rápida acumulación de capital y logra, por ende, reproducir masivamente los aspectos materiales de la civilización occidental, postergando, sin embargo, el adelantamiento político y cultural.

Las notables mejoras en el campo de las comunicaciones y el incremento de los contactos entre sociedades periféricas y centros metropolitanos han conducido a que un estándar elevado de consumo masivo, un Estado nacional fuerte y expansivo y un alto nivel de industrialización se conviertan en aspiraciones colectivas irrenunciables, en metas normativas de índole generalizada y absoluta, y a que, por tanto, se pretende alcanzar estos fines en el plazo más breve y a cualquier precio. La *revolución de las expectativas crecientes*, como se ha llamado a este fenómeno, representa el anhelo de

obtener lo más pronto posible los frutos de la civilización industrial, particularmente los frutos materiales y tangibles del progreso tecnológico-económico. El efecto de demostración causado por la civilización metropolitana sobre la mentalidad colectiva del Tercer Mundo ha sido sencillamente avasallador: ha llevado a que la preocupación primordial de las sociedades esté centrada en torno al progreso material, a que el crecimiento incesante sea el parámetro principal para juzgar toda evolución y a que esas grandes metas hagan permisible el empleo de cualesquiera métodos. El impacto del efecto de demostración ha sido particularmente fuerte sobre los intelectuales del Tercer Mundo, quienes, alucinados por los éxitos materiales de los centros metropolitanos, han creado las teorías más diversas y las ideologías más exorbitantes para justificar, en términos de supuesto autoctonismo y pretendida justicia social, la imitación acelerada de la civilización industrial. Empero, justamente este carácter imitativo, absolutista y de apresuramiento incondicional, que denotan todas las ideologías tercermundistas acerca de la evolución histórica, conlleva, en forma magnificada, todas las limitaciones y toda la pobreza espiritual propias del pragmatismo utilitarista. Esta conciencia colectiva tiende a desestimar abiertamente todo momento crítico, a rechazar toda relativización del progreso tecnológico-económico, a concentrar todos los esfuerzos en un instrumentalismo exiguo y a justificar cualquier medio para alcanzar los objetivos fijados.

Esta obsesión por el adelanto material y la consiguiente apología de los medios a usarse conducen necesariamente a bagatelizear la problemática ecológica, a fomentar el aumento poblacional y a adoptar una actitud frente a la tecnología que llega a ser sencillamente ingenua y hasta fanática. Se llega a ver en todos los productos de la ciencia y la técnica portentosos dones del espíritu humano, siempre positivos en sus efectos; asimismo se pasa generosamente por alto todas las consecuencias de la contaminación industrial y todos los daños infligidos a la naturaleza. Dentro de esta modalidad se tiende a considerar todo esfuerzo por evitar la degradación de la naturaleza como un lujo totalmente superfluo que las sociedades emergentes no pueden permitirse; todo intento de reducir la tasa del incremento poblacional es visto como una oscura y pérfida maquinación del imperialismo. También la reflexión a largo plazo sobre la probable ruptura del equilibrio ecológico, sobre las consecuencias de una evolución unilateral y culturalmente pobre y sobre los elevados costos sociales y humanos de la acumulación forzosa de capital, es contemplada como una reprobable pérdida de tiempo y como un obstáculo frente a los altos fines patrióticos. En el fondo, la mentalidad utilitarista en el Tercer Mundo está tan fascinada por los aspectos materiales de las sociedades altamente industrializadas y tan empeñada en imitarlas

que podrá causar daños irreparables a los ecosistemas, pondrá su propio futuro en peligro y agotará sus propios recursos naturales, con tal de gozar, aunque sea brevemente, del placer de poseer grandes complejos industriales —aunque funcionen deficientemente— y del honor de pertenecer a un Estado nacional fuerte y temido —aun cuando sus ciudadanos no disfruten de ninguna libertad.

La consecución de un sustancial poderío económico y político posee una fuerza normativa y absorbente de tal magnitud que obliga al quehacer científico e intelectual a ocuparse principalmente de diseñar métodos y de proveer instrumentos para alcanzar de la manera más rápida y rentable aquellas metas de desarrollo ya mencionadas y hacer realidad aquellas fantasías del subconsciente colectivo relativas al crecimiento y la reproducción incesantes. En lo que concierne a la explosión demográfica y a la degradación del medio ambiente, esta mentalidad colectiva tiende a desdeñar estudios científicos, informes auspiciados por las Naciones Unidas, la UNESCO y la Organización Mundial para la Alimentación y la Agricultura (FAO), los análisis del MIT y del Club de Roma y advertencias tales como el *Mensaje de Menton* y la *Declaración sobre los alimentos y la población* —ambas redactadas por grupos de conocidos científicos, incluyendo un buen número de portadores del Premio Nobel— y, al contrario, a conceder autoridad a encíclicas papales, manifiestos ideológicos y políticos, folletos y fábulas sobre un pretendido «sí a la vida» y a innumerables vindicaciones del crecimiento acelerado y de las altas tasas de natalidad. Las expresiones de este segundo grupo disponen de un fundamento teórico muy endeble y generalmente no se basan en análisis empíricos, pero esta su debilidad científica no perjudica para nada su popularidad y aceptación por parte de la mentalidad colectiva, pues esta última es influenciada predominantemente en los planos emocional e inconsciente y mucho menos en los niveles de la razón y la sensatez.

Especialmente en el terreno de la demografía, donde están en juego elementos subconscientes conectados con anhelos urgentes de imitación, con pautas normativas preconscientes y con aspectos sexuales, es donde los argumentos lógicos tienen las peores perspectivas. Que la distribución de recursos necesariamente limitados sea más generosa y más humana mientras el número de habitantes no se incremente, es un argumento de mínimo peso para la conciencia colectiva; que la expansión de la frontera tecnológica no ha podido solucionar todos los problemas emergentes de las crisis ecológica y demográfica, se convierte en una falacia imperialista, máxime si Marx ya afirmó que la historia coloca a la sociedad delante de problemas que esta última siempre puede resolver.

Sobre la relación entre desarrollo y población, el pragmatismo utilitarista intenta dar un barniz de verosimilitud científica a algunos lugares comunes de la imaginación popular. Así, un incremento masivo de la población es aducido como factor para formar un mayor mercado, y éste como fundamento para un mayor desarrollo. Similarmente, una población de gran envergadura es considerada como muy conveniente porque ella, en cuanto empobrecida y frustrada, cuestionará el sistema y facilitará la ansiada revolución. Finalmente, se afirma que únicamente una población muy numerosa está en la posibilidad de llevar a cabo las grandes tareas del desarrollo económico. En todos estos argumentos, la magnitud de la población está al servicio y en función del desarrollo económico, y no el desarrollo económico en función del libre desenvolvimiento de los hombres; por otra parte, es sintomático que un proceso deseable de adelanto social aparezca siempre ligado a lo grande, extenso y poderoso. En realidad, parece que la mentalidad del Tercer Mundo ha adoptado como propias ciertas premisas del pensamiento acrítico y utilitarista de los centros metropolitanos y las ha internalizado tan exitosamente que fuera de ellas no puede concebir otras alternativas. Tanto en el caso del argumento económico como en el del revolucionario, los hombres concretos con sus problemas y aspiraciones personales se han convertido en material cuantificable, en meros factores de cálculo para alcanzar éxitos materiales. (Toda comparación mecanicista con el proceso de industrialización en Europa occidental para justificar altas tasas demográficas generaliza los resultados de una experiencia única y no transferible a circunstancias geográficas e históricas totalmente diferentes. Esta argumentación comparativa es propensa a pasar por alto importantes elementos concomitantes de la primera industrialización: la existencia a nivel mundial de amplios espacios despoblados para remitir el excedente demográfico, el grado mínimo entonces reinante de contaminación debida a la industria, la abundancia de recursos naturales no-renovables, el bajo nivel del consumo masivo y la existencia de pautas normativas sobre relaciones familiares y sociales, diferentes de las hoy vigentes en los países del Tercer Mundo. En estos últimos se da una situación distinta al comenzar su modernización: consumo antes de producción, sindicalización previa a la industrialización, politización con anterioridad a la educación y elaboración de ambiciosos proyectos y planes de desarrollo sin contar con los recursos necesarios para ello.)

La adopción del pensamiento pragmatizado y utilitarista por parte de las sociedades periféricas conlleva a aceptar como meta de desarrollo una copia de la alcanzado en los centros metropolitanos, sazónada con algunos elementos secundarios de folklorismo y autoctonismo para hacerla más fácil-

mente admisible. Se corre así peligro de reproducir igualmente todos aquellos aspectos de la sociedad de consumo, desde la carrera armamentista hasta la degradación de la naturaleza, que abren las puertas al irracionalismo generalizado, a la uniformidad cultural y a la regresión individual. También en las sociedades del Tercer Mundo se ha llegado a considerar la naturaleza como simple medio, como material usable y desechable, y los paisajes como mera base para letreros de propaganda. El olímpico desprecio por la Naturaleza ha alcanzado una dimensión verdaderamente monstruosa en la tala indiscriminada de árboles, la urbanización acelerada, la expansión de las labores agropecuarias, la comercialización de la madera y muchas veces la exteriorización de los instintos de destrucción están acabando con los bosques del planeta. Para iniciar sembradíos de carácter transitorio y minúsculo se incendian en América Central forestas enteras de maderas nobles; para construir caminos de penetración militar y para «abrir» la Amazonia al saqueo económico se destruyen en Brasil extensiones gigantescas de arboledas tropicales que no se regeneran nunca; y para suministrar material a la sociedad de consumo se arrasan enormes extensiones de bosques, que casi nadie se preocupa de reforestar. El árbol en cuanto ente autónomo se ha convertido en la víctima paradigmática del hombre: sólo es preservado si se espera sacar algún provecho de él en el futuro y si desempeña alguna inocente función ornamental, no perturbando el tráfico de automotores.

Esta actitud de estricto utilitarismo con respecto a los árboles resulta a largo plazo enteramente irracional, y esto dentro de la propia lógica limitada de eficiencia y rentabilidad; pues con la devastación de los bosques va implícita la destrucción de una de las fuentes esenciales para la regeneración del oxígeno atmosférico. Empero, la mente utilitarista es incapaz de percibir los peligros que ella misma puede causarse, si entretanto alcanza sus objetivos a corto plazo.

El menosprecio de la Naturaleza marcha conjuntamente con la poca estimación por valores humanos no-cuantificables: el interés por la diversidad y la individualidad decae enormemente, la tranquilidad y la falta de contaminación ambiental son considerados temas de relevancia ínfima, el contacto directo con la Naturaleza es ridiculizado y el postulado de una arquitectura humanista es tomado por una utopía excéntrica. Por encima de toda división política, la conciencia colectiva demuestra la misma predilección por los monstruos de cemento y acero, por chimeneas humeantes de complejos industriales, por densos flujos de tráfico, por inmensas aglomeraciones humanas y por la invasión y «aprovechamiento» de la última selva virgen y de la última montaña deshabitada. Es cierto que aún se perciben débiles murmullos acerca de los congestionamientos de tráfico y algunas pa-

labras críticas contra la contaminación de los ríos, pero estas protestas tienen un peso ínfimo en comparación con la inmensa satisfacción colectiva de haber alcanzado aquellos éxitos materiales concomitantes de prestigio y poder.

La apertura de toda tierra al proceso económico y el ansia de aprovechar en forma redituable el último palmo de territorio simbolizan tanto la imposibilidad de concebir la Naturaleza como ente con derechos propios como el valor mágico que ha tomado en la mentalidad colectiva el intento de explotar exhaustiva y despiadadamente el planeta entero. En un mundo de aglomeraciones, de estrecheces y de repeticiones de los mismos modelos culturales, lo genuinamente racional consistiría en preservar importantes extensiones geográficas libres de las bendiciones del progreso, donde el hombre pueda liberarse parcialmente de su enajenación mediante el contacto con una Naturaleza no sometida a la ley del valor y al principio de rendimiento. Sin embargo, las sociedades del Tercer Mundo están empeñadas en la «apertura económica» del último rincón de este mundo, bajo el argumento de que «tierras sin hombres no valen nada», y reduciendo así las posibilidades de un mundo libre de las obsesiones de dominación y gigantismo. Por otra parte, el hombre, para conservar su equilibrio anímico y su capacidad creadora, requiere de un mínimo del llamado «espacio psicológico» y de diversidad de ambientes, para evitar el convertirse en hombre-insecto, es decir, en una pieza intercambiable de un gigantesco mecanismo, perfecto pero inhumano, funcionando en medio del hacinamiento y la barbarie colectiva. El crecimiento descontrolado y unilateral puede conducir muchas sociedades a una situación tal donde imperen efectivamente la regresión y el irracionalismo, simbolizados por la recaída en un nivel civilizatorio ya superado por la historia. El incremento acelerado de la población mundial exigirá indefectiblemente un planeamiento más amplio de toda función social y una regulación más estricta de cada vez más actividades individuales. Pero la regulación puede fácilmente transformarse en regimentación severa y el planeamiento hacerse rígido y burocrático, impulsando nuestras sociedades hacia aquellos regímenes totalitarios ya concebidos en las «utopías negras» de Huxley y Orwell.

Para evitar que el adelanto económico-tecnológico se agote en aspectos regresivos e irracionales hace falta promover la formación de una conciencia colectiva crítica, que supere las limitaciones del pensamiento positivista, del pragmatismo utilitarista y de las concepciones socialistas en boga, que someta las metas mismas de desarrollo a un análisis crítico y que conciba una nueva relación del hombre con la Naturaleza, basada en la armonía y no en la dominación. A esta conciencia crítica le corresponde consagrarse a los

problemas verdaderamente serios de nuestro tiempo, que se refieren a la explotación demográfica, a la dilapidación de energía, a la degradación de la naturaleza, a la expansión del consumismo alienante y a la propagación de la uniformidad cultural y política. A esta conciencia crítica le cabe igualmente la tarea de superar proyectos y soluciones limitadas al ámbito de los Estados soberanos, pues precisamente la crisis ecológica está conectada a una problemática que trasciende los límites estatales y que exige soluciones más allá de los egoísmos nacionales. Urge asimismo poner de relieve que la rentabilidad a corto plazo, por más promisoría que parezca, no es generalmente la racionalidad a largo plazo, y que solamente de esta última depende el destino de nuestra civilización.

En contraste con los preceptos dictados por el ansia de poderío y prestigio, la conciencia crítica ha desarrollado ciertos valores de orientación, combatidos por los totalitarismos de diversa especie y, por tanto, en peligro de permanecer para siempre en la esfera de la utopía: felicidad libre de poder, patria sin límites nacionales, recompensa independiente del principio de rendimiento, cultura sin ideología, comunidad exenta de burocracia y bienestar libre de lo superfluo y de las obsesiones de grandiosidad. Similar era el anhelo de Simón Bolívar sobre el futuro del Nuevo Mundo, olvidado por los que se remiten constantemente a sus ideales: «Yo deseo —escribió en su *Carta de Jamaica*— ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria.»